

se relatan, se han comprobado escrupulosamente los nombres (1) y se han hecho no pocos esfuerzos para que el lenguaje resultase correcto, puro y fluido, practicando una ímproba labor de lima y corrigiendo varias veces las pruebas. Con todo, se habrán escapado de seguro algunos descuidos y aún locuciones poco castizas, pues, en verdad, hacer una buena traducción es bastante más difícil de lo que á primera vista parece. Únicamente quien haya acometido empresas tan ingratas puede tener idea de las enormes cantidades de trabajo, de tiempo y de actividad que para lograr dicho objeto se requieren.



(1) A propósito de nombres hay que hacer aquí una observación, que no pudo insertarse en el lugar oportuno por estar ya compaginado y á punto de entrar en máquina el texto, al advertirse su necesidad.

En una traducción española hemos visto que, siguiendo á las italianas, se denomina *licios* á los *ligios*, y, en su consecuencia, *Licia* en vez de *Ligia*, á la heroína cristiana. Además, en un periódico de esta ciudad se publicó un artículo con el propósito de probar que debía decirse *licios* y *Licia* y no *ligios* y *Ligia*.

Para evidenciar de un modo práctico que esto es un error, basta, en nuestro concepto, dar una ojeada á un mapa del mundo conocido por los antiguos, pues en seguida se echará de ver que *Licia* se hallaba situada en el Sudoeste del Asia Menor, mientras que los *ligios* habitaban en el centro de Europa, y á un pueblo del centro de Europa, y no del Asia, se refiere siempre Sienkiewicz al hablar de los *ligios*, y en el centro de Europa habitaban los *suevos*, vecinos de los *ligios*, como también los *hermanduros* y los *yacigios* ó *yacigos*, que intervinieron en guerras de aquellos dos pueblos, según se refiere en la novela.

## PARTE PRIMERA

### I

Petronio, que la noche anterior había asistido en el Palatino á un banquete en el cual se había fastidiado oyendo las simplezas de Vatino y disputando con Nerón, Séneca y Lucano acerca de si la mujer tiene alma, se levantó después de mediodía y como de costumbre enervado. Desde algún tiempo tenía la salud quebrantada; pero el baño matinal le activaba la circulación de la sangre, le restauraba las fuerzas, le reanimaba, y al salir del *eleoterio* (último departamento de los baños) quedaba rejuvenecido, vigoroso, con los ojos brillantes y tan esbelto y gentil que al mismo Otón superaba en belleza. Con justicia le llamaban el *Árbitro de las Elegancias*.

Solo concurría á las *termas* (1) en el caso de aparecer algún retórico notable del cual se hicieran grandes elogios en la

(1) Eran las *termas*, como es sabido, los baños públicos de Roma, á los que acudían los ociosos romanos, no ya sólo para la limpieza del cuerpo, sino también para deleitarse con ejercicios y con espectáculos no siempre morales. Estaban las *termas* divididas en varios departamentos, siendo los principales el *efebéo* ó sala en que se realizaban las luchas cuerpo á cuerpo á que tan aficionados eran así los griegos como los romanos; el *apoditerio* ó cuarto para desnudarse; el *frigidario* ó baño frío; el *tepidario* ó baño tibio; el *caldario* ó baño caliente; el *lacónico* ó baño de vapor, y el *eleoterio* ó aposento en donde se ungía con aceites y se frotaba el cuerpo de los bañistas. Había, además, en las *termas*, bibliotecas, pórticos, escuelas, pequeños teatros, etc.

Esta nota, como muchas otras que se hallarán en el libro, tiene por exclusivo objeto facilitar á los lectores menos versados en la historia, el arte y las costumbres romanas, la comprensión de ciertos nombres, sin que el traductor pretenda, ni con mucho, darles la precisión que exigirían en otro caso.

Ciudad ó cuando se podían presenciar en los *efebéos* luchas excepcionalmente interesantes. En su *ínsula* (1) poseía un baño tan vasto y lujoso que el mismo Nerón lo reputaba superior al cesariano, dechado de elegancia y magnificencia.

Se levantó tarde, pues, y tomó el baño. Luego, tendido en una mesa de ciprés cubierta de blanco lienzo egipcio esperó, con los ojos entornados, que le reaccionase el vaho tibio del *lacónico*.

Por fin abrió los ojos y se decidió á hablar. Preguntó por el estado del tiempo y por las piedras preciosas que había prometido traerle aquella mañana el joyero Idomeneo. Se le contestó que el tiempo era espléndido, que del lado de los Montes Albanos soplabá un viento suave y apacible y que Idomeneo no se había presentado aún.

Petronio cerró de nuevo los ojos y ordenó que se le llevase al *tepidario*. En el mismo instante levantó la cortina el *nomenclator* (2) y anunció al joven Marco Vinicio, que era un hijo de la hermana mayor de Petronio, casada con otro Marco Vinicio, cónsul en la época de Tiberio. Acababa de tomar parte en la campaña contra los partos al mando de Corbulón y, habiendo regresado á Roma, hacía su primera visita á Petronio. Este quería mucho á su sobrino porque era un apuesto joven de formas atléticas y sabía siempre conservar, aún en sus arranques de cólera, aquel comedimiento estético que tan grato le era.

—¡Salud, Petronio!— dijo el mozo entrando con paso marcial en el *tepidario*. —¡Que los dioses te protejan y te colmen de felicidades, en especial Aselepio (3) y Ciprea (4)!

—Bien venido, caro Vinicio, y que te sea saludable el descanso después de tus campañas— contestó Petronio alargán-

(1) Lo que hoy llamamos manzana, ó sea conjunto aislado de casas contiguas. Las casas de algunas familias opulentas ocupaban una manzana entera y á veces hasta varias manzanas. Era muy común, sin embargo, alquilar las tiendas de las moradas señoriales á familias poco acomodadas, y andando el tiempo se dió el nombre de *insulas* á los edificios divididos en muchas habitaciones para alquilar, en oposición á *domus* ó sea casa habitada por una sola familia, generalmente la del propietario.

(2) Esclavo encargado de anunciar las visitas.

(3) Nombre griego de Esculapio, semi-dios ó héroe que se dedicó al cultivo de la ciencia médica.

(4) Venus de Chipre.

dole la mano. —¿Qué nuevas traes de Armenia? ¿No llegaste á Betania en tus correrías por el Asia?

Petronio siendo gobernador de aquella provincia había ejercido su autoridad con rectitud, y ahora, entregado al lujo y á la molicie, recordaba con fruición aquellos buenos tiempos.

—En Heráclea estuve á llevar refuerzos á Corbulón— replicó Vinicio.

—¡Ah, Heráclea! Conservo de aquella región muy gratos recuerdos. Pero esto son historias del tiempo viejo... ¿Qué me cuentas de los partos? En verdad, te digo que ya estoy cansado de oír nombrar á Vologeso, á Tiridates, á Tigranes y á todas las hordas de bárbaros que, según Arulano, andan á gatas en su país y solamente enderezan el cuerpo cuando están en presencia nuestra. En Roma se habla mucho de ellos... tal vez porque resulta peligroso hablar de otras cosas.

—La guerra va de mal en peor, y á Corbulón se deberá que no termine con un desastre.

—¡Corbulón! Juro por Baco que le tengo por un gran capitán, por un verdadero dios de la guerra, por un Marte de carne y hueso. Es un hombre intrépido, leal, generoso y estúpido. Pero le aprecio porque Nerón le teme.

—No le tengo por un estúpido á Corbulón.

—Quizás estés en lo cierto... Por otra parte, la estolidez, como enseña Pyrron, no es inferior á la sabiduría.

Vinicio iba á reanudar la conversación sobre la guerra, cuando notó que Petronio cerraba de nuevo los párpados. Se fijó entonces en su rostro pálido y demacrado y se apresuró á preguntarle por la salud.

—No estoy mal— contestó Petronio;—pero tampoco me siento bien. No he llegado al extremo del joven Sisena cuya sensibilidad se halla tan embotada que á veces pregunta si está de pie ó sentado. Ha poco pedías para mí la protección de Aselepio y Ciprea. Pues te juro que no tengo ninguna fe en el tal Aselepio. Años atrás envié tres docenas de mirlos y una copa de oro, ya adivinarás con qué objeto, al templo de Epidauro (1). Esto, al fin y al cabo, si no produce ningún bien, tampoco causa ningún mal. No creo que razonen de distinto modo los que hacen sacrificios á los dioses... como no sean los arrieros

(1) Ciudad del Peloponeso, célebre por su templo consagrado á Esculapio.

de la Puerta Capuana. Y no sólo he acudido á Asclepio sino á los mismos *asclepiades* (1) que son unos charlatanes. Tampoco se puede perder gran cosa en consultarles. El mundo está fundado sobre la farsa. La misma vida, ¿no es un engaño; no es otra ilusión el alma? Lo que conviene es saber distinguir las ilusiones agradables de las ilusiones dolorosas. En mi chimenea, por ejemplo, arde leña de cedro impregnada de ámbar porque prefiero los buenos á los malos olores. En cuanto á Ciprea, á la cual también me has encomendado, he sido ya objeto de su protección, pues á ella atribuyo los calambres que con frecuencia atormentan mi pierna derecha. Por lo demás, es una buena diosa, y no dudo que tú mismo, á no tardar, le ofrecerás sacrificios de blancas palomas...

—Has acertado—respondió Vinicio.—Las flechas de los partos nada han podido contra mí y, en cambio, á pocos estadios de las puertas de la ciudad he sido herido por las del Amor.

—¡Por las Gracias!... Vas á contarme en seguida este lance.

—Precisamente venia á consultarte acerca del mismo.

—No te pregunto si eres correspondido—dijo Petronio mirando con ojos de artista á Vinicio.—Si Lissipo hubiese llegado á verte estarías ya convertido en estatua de Hércules adolescente, adornando las puertas del Palatino.

El mozo se sonrió.

Entró en aquel instante el lector con varios papiros en un cofrecito de bronce.

—¿Quieres oírle?—preguntó Petronio.

—Con mucho gusto si se trata de una obra tuya. En otro caso prefiero continuar la conversación. En estos tiempos los poetas te detienen á la vuelta de cada esquina para hacerte oír sus composiciones.

—Es muy cierto. No puedes pasar por delante de una basílica, de unas termas, de una biblioteca, sin encontrarte con poetas que gesticulan cual si fueran monos. Agripa, á su regreso de Oriente, los tomó por locos furiosos. Son achaques de la época. El César versifica y todos siguen su ejemplo. Únicamente está prohibido componer versos mejores que los suyos... lo que me hace temer por Lucano. En cuanto á mí, sólo escribo prosa y á nadie la leo. Lo que trae el lector es el libro de apuntes del infeliz Fabricio Vegento.

(1) Médicos.

—¿Por qué le llamas infeliz?...

—Porque se le ha ordenado que abandone sus penates y no vuelva hasta nueva orden. Verdad que su odisea será más soportable que la de Ulises, porque ninguna Penélope le espera en casa. No he de añadirte que se ha obrado con él torpemente. Aquí sólo se atiende á la superficie de las cosas. El libro es muy malo y nadie lo leyó hasta que el autor fué desterrado. Ahora todos gritan: «¡Qué escándalo!» mientras buscan con recelo en sus páginas el propio retrato y con avidez los de los amigos. En la librería de Avirano centenares de escribientes lo copian. Su éxito está asegurado.

—¿Contiene también tu retrato?

—Sí... pero el autor no ha estado feliz al trazarlo. Me ha pintado menos perverso y más necio de lo que realmente soy. Poseo, por fortuna, la rara facultad de discernir lo hermoso de lo feo, lo justo de lo injusto, facultad preciosa que no tiene, pongo por caso, nuestro *Barbarroja* (1), no obstante ser poeta, auriga, cantor, danzante é histrión, todo en una pieza.

—Lo siento por Fabricio, que es un buen camarada.

—Le ha perdido la vanidad. Al principio todo el mundo lo sospechaba; mas nadie tenía noticias precisas de la obra. No supo refrenar la lengua, explicó el caso á todos sus amigos, en secreto... ¿Conoces la historia de Rufino?

—No.

—Pasemos pues al *frigidario* y te la contaré.

En el centro de éste un surtidor esparcía perfumes de violeta. Los dos amigos se recostaron sobre almohadones de seda y, tras algunos minutos de silencio, Petronio dijo:

—Cada cual tiene sus gustos. A ti te seduce la guerra y á mí me enoja porque, de estar siempre acurrucado debajo de la tienda, las uñas pierden el color rosáceo. A *Barbarroja* le seduce el canto, especialmente el propio, mientras que al viejo Escauro le vuelve loco un vaso corintio, que besa con frenesí cuando no puede conciliar el sueño... Dime: ¿escribes versos?

—Jamás he compuesto un exámetro.

(1) En latín *Aeneobarbus*, apodo que llevó Nerón, como todos los varones de su familia, á causa de tener roja la barba. En la mayor parte de las traducciones se lee *Barba-de-Cobre* y en alguna *Barbas-de-Bronce*. Nosotros hemos preferido traducir *Barbarroja*, ateniéndonos á los diccionarios latinos y á otras consideraciones que suprimimos en obsequio á la brevedad.

—¿Tampoco tocas la lira; ni siquiera cantas?...

—No.

—¿Te dedicarás á la equitación?...

—Tomé parte, hace tiempo, en las carreras de Antioquia; pero no llegaron á interesarme.

—¡Bien, muy bien! Esto me tranquiliza. Y ¿á qué partido te afiliaste?

—Al de los verdes.

—Está bien; respíro. Porque, además, aunque tu fortuna sea respetable, es muy inferior á la de Palas y á la de Séneca. Ten por seguro que es muy laudable y provechoso componer versos, cantar, pulsar la lira, declamar, guiar un carro en las luchas del Circo; pero es mil veces más laudable ó, para hablar con precisión, menos expuesto, no hacer ninguna de estas cosas. Es preferible aplaudir cuando las hace *Barbarroja*. A lo sumo, si te entra el tedio, compón epigramas; mas no se los leas á nadie; que el pobre Rufino...

—A propósito: ¿no querías referirme su historia?

—Te la contaré luego; en el *eleoterio*.

En este departamento les esperaban varias esclavas. Dos de ellas, negras, les perfumaron, mientras algunas, naturales de Frigia, expertas en las artes del tocado, sostenían espejos de acero y peines, y otras, de la isla de Cos, esperaban la orden de dar pliegues estatuarios á las togas de los dos patricios.

—¡Por Júpiter! — exclamó Marco Vinicio — Es el tuyo un magnífico palacio. Puede envidiarte el mismo *Barbarroja*.

—He de confesar que no tengo la austeridad de Aulo Plaucio. Vinicio levantó rápidamente la cabeza.

—¿Cómo ha acudido á tu memoria este nombre? — preguntó. — Pasé diez días en su casa, al dislocarme el brazo no lejos de la ciudad. En el momento de ocurrirme el percance acertó á pasar Plaucio, y al advertir que yo sufría cruelmente se empeñó en llevarme á su morada, en donde su esclavo, el médico Merión, me curó. De Aulo precisamente quería hablarte; más bien, de una muchacha que hay en su casa.

—¿De la cuál te has prendado?...

—Ciertamente. Y lo más grave es que ni siquiera sé quién es. Hasta su nombre ignoro. Se llama Ligia ó Calina... En la casa le dan el primero porque desciende de la raza de los ligios (1).

(1) Véase la advertencia preliminar.

Mas parece que su nombre bárbaro es Calina. ¡Extraña casa la de Plaucio! Es un hormiguero de gente y, sin embargo, reina en ella el silencio de los bosques de Subiaco. Estuve muchos días sin saber que Ligia morase bajo el mismo techo. Una mañana acerté á verla cerca de la fuente del jardín... La ví otra vez... y después otra... y he perdido el sosiego... No tengo ninguna ambición; nada quiero de lo que Roma puede darme; no deseo ni oro, ni bronce de Corinto, ni ámbar, ni perlas, ni vino, ni banquetes... Únicamente quiero á Ligia, y nada más que á Ligia. Te juro, Petronio, que deliro por ella.

—Si es una esclava, cómprala.

—No es una esclava.

—¿Será entónces una liberta de Plaucio?...

—No habiendo sido esclava, menos puede ser liberta.

—¿Qué es entónces?

—No lo sé... hija de rey ó algo por el estilo.

—Me mueves á curiosidad, Vinicio.

—Oye, pues, que no es larga la historia. Tú has de haber conocido á un rey de los suevos llamado Vannio que, por haber sido arrojado de su patria, vivió largo tiempo en Roma donde adquirió celebridad por su mucha suerte en el juego de los dados y por su destreza en guiar carros. César Druso le restauró en el trono, y Vannio, que era hombre discreto, al principio reinó con acierto é hizo la guerra con fortuna. Mas luego le dió por desollar, no solo á los pueblos fronterizos, sino también á sus propios súbditos. Entónces sus sobrinos Vangio y Sido, hijos de Vibilio, rey de los hermanduros, prevaleándose del general descontento, acordaron remitirlo á Roma á probar de nuevo fortuna en el juego.

—En efecto, lo recuerdo; fué en tiempo de Claudio.

—Exactamente. Pues como te decía, estalló la guerra. Vannio llamó en su auxilio á los yazigios y sus sobrinos apelaron al concurso de los ligios. Conocedores éstos de la riqueza de Vannio, se arrojaron, ávidos de botín, en hordas tan numerosas sobre el territorio ocupado por los suevos, que Claudio empezó á temer por la seguridad de la frontera y ordenó á Atelio Cistero, jefe de las legiones del Danubio, que estuviera atento á las peripecias de la lucha y no consintiese en modo alguno incursiones por los confines del imperio. Cistero no sólo obtuvo de los ligios la promesa de no traspasar las fronteras sino que consiguió que le entregaran en rehenes á la

mujer y á la hija de su caudillo, y esta última es Calina, la joven que tienen los Aulo.

— Y ¿cómo has sabido todo esto?

— Me lo ha relatado el mismo Aulo Plaucio... Los ligios, claro está, no violaron la frontera. Pero bien sabes que los bárbaros aparecen como una tormenta y como una tormenta se deshacen. Esto ocurrió con los ligios. Derrotaron á los suevos de Vannio y á los yazigios; pero habiendo muerto su caudillo, desaparecieron con el botín, dejando en poder de Cistero los rehenes. Poco después falleció la madre, y Cistero entregó la hija á Pomponio, gobernador de Germania, quien, terminada la campaña contra los celtas, volvió á Roma y, como sabes, obtuvo por decreto de Claudio los honores del triunfo. La niña siguió el carro del triunfador; pero terminadas las fiestas, Pomponio, no sabiendo qué hacer de ella, pues por su calidad de rehén no podía ser considerada como esclava, decidió confiarla á su hermana Pomponia Grecina, esposa de Aulo. Y en casa de ésta, donde todo respira moralidad, creció la niña tan virtuosa como la misma Pomponia y tan bella que Popea, á su lado, es como un higo pasado comparado con una manzana de las Hespérides.

— Bien, ¿y qué?

— Te repito que la quiero con delirio. Al volver del Asia pasé una noche en el templo de Mopso, y este dios se me apareció en sueños y me predijo que el amor produciría en mi vida una revolución profunda.

— He oído decir que Plinio no creía en los dioses, pero si en los sueños. Es posible que no anduviese descaminado Plinio. Además se trata de Venus, una diosa que ha hecho surgir el mundo del caos. Es discutible si ha hecho bien; pero su poder es patente. Se puede, pues, no adorarla; pero hay que reconocerla.

— ¡Ah, Petronio! Veo que es más fácil filosofar que dar un consejo.

— Dime, pues, qué quieres; habla.

— Quiero unirme á ella; hacerla mi esposa, si es preciso. Quiero tenerla en mi casa hasta que mi cabeza blanquee como la cumbre del Soracta en invierno.

— Aunque no sea una esclava pertenece á la familia (1) de

(1) Constituían la familia romana todas las personas sujetas á la autoridad del jefe de la misma.

Plaucio y, puesto que es huérfana, ha de ser considerada como pupila de éste, y podría concedértela.

— No conoces á Pomponia Grecina. Además, marido y mujer la quieren como si fuese su propia hija.

— Sí; la conozco. Desde la muerte de Julia no se ha quitado el luto, y por su aire se diría que camina ya por prados cubiertos de asfódelos. Es, entre nuestras damas, una verdadera ave fénix... Y á propósito, se me ha asegurado que en el alto Egipto ha aparecido una de estas aves, cosa que no ocurre sino una vez cada quinientos años.

— ¡Petronio!... ya hablaremos otro día del ave fénix.

— ¡Qué quieres, Marco! Conozco á Aulo Plaucio y, aunque no apruebe mi manera de vivir, me tiene especial simpatía y hasta creo que me quiere porque sabe que no he sido nunca un delator de la calaña de Domicio Afro, Tigelino y demás bribones que rodean y adulan á *Barbarroja*. Sin echármelas de estoico, á veces he condenado actos de Nerón á los cuales habian dado indulgente asenso Séneca y Burro. Si crees que puedo servirte en algo, estoy dispuesto á hablar á Plaucio.

— Acepto tu ofrecimiento. Aparte el ascendiente que sobre él tienes, estás dotado de un caudal inagotable de ingenio. Creo, pues, que sería bueno que después de haber reunido todos los antecedentes del caso hablaras á Plaucio.

— Exageras mi influencia y mi talento; pero, sea como quiera, te prometo ver á Aulo y hablarle cuando estén de vuelta en la Ciudad.

— Han regresado hace dos días.

— Pasemos, pues, al *triclinio* (1) donde nos espera el almuerzo, y después nos haremos llevar á su casa.

— Siempre te he querido — exclamó Vinicio; — mas ahora pondré tu estatua entre mis lares... una estatua hermosa como aquella... y le ofreceré sacrificios todos los días.

Y señaló, al decir esto, un Hermes que empuñaba el caduceo y en el cual habian sido reproducidas las formas de Petronio.

Después éste, cogiendo á Vinicio por el brazo, se lo llevó al *triclinio*.

(1) Comedor